

TRILOGÍA PLATÓNICA

PERICTIONE O DE LA LIBERTAD



ERNESTO CASTRO

ERNESTO CASTRO
PERICTIONE O DE LA LIBERTAD
[Trilogía Platónica]

© Ernesto Castro Córdoba, 2023
Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

© Editorial Planeta, S. A., 2023
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2023
ISBN: 978-84-9998-950-1
Depósito legal: B. 1.426-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Chère Ele:

Sangre. Según salgo, sangre.

Sangro. Sangro nada más llegar.

Soy yo quien sangra o es la cité que se desangra?

Disculpa que te escriba tan poquito, tan pequeñito. Como ves, no tengo tanto espacio. Ojalá nos entendamos.

Recién llegada y salida del aeropuerto, esperando el tren para mi frère, veo pasar a las femmes, por qué son todas aquí tan guapas, tan libres, tan ellas mismas.

En unas horas me veo con Gertrude y Alex. Cómo serán en carne y hueso? Cómo serán a color? Habrán cambiado mucho desde el instituto? Y Peggy, seré alérgica?

La postal no da para más. Perdona que te envíe una tan cliché, con esa polla metálica y puntiaguda que todos asocian

a la cité. No encontré otra en la estación. Mañana te escribiré más extensamente.

Bisous:

Γεια σου, μαμά.

¿Qué tal tiempo hace allí? Fijo que hace sol y calor. Europa nos dio la bienvenida con una tormenta y desde entonces no ha cesado de llover. Una tormenta oblicua, pesada, pero sin las gotas gordas y punzantes de por allí. Allí llueve como si protagonizásemos una peli romántica de escaso presupuesto, a punto de morrearnos bajo el chorro de una manguera. Aquí parece que le hubiese entrado sueño a la lluvia, que estuviese ojerosa y anticuada, como si se precipitase desde un lagrimal melancólico o bostezase el cielo. O quizá solo sea la regla, y las pastillas, y el desfase horario. Toda la noche en pie garabateando cartas a amigos ficticios sobre el vaho de la ventana. No te preocupes, mamá: traje mis esponjas.

El viaje ha sido espantoso; si llegamos a saber que en avión se va tan apretado, nos venimos en barco. Tal vez a la vuelta, como los ancestros. Yo apenas pasé miedo, solo du-

rante el embarque. Kastor sí tembló de lo lindo hasta que le sirvieron su tercer *whisky*.

—Piensa en el abuelo —intenté calmarle—. Él buceaba a cien pies de profundidad y nosotros aquí, a treinta mil de altitud, tan panchos.

Tajante, a modo de respuesta, apuró su vaso.

—Él tenía que aguantar la respiración —insistí— y nosotros tenemos aire acondicionado.

—Él tenía pescado fresco y nosotros esto —dijo y señaló su bandeja de plástico.

Entonces me bajó la regla, supongo que por falta de presión atmosférica. La sangre supuraba a través de las bragas, serpenteaba por los muslos. Como habíamos facturado las esponjas, tuve que vérmelas y deseármelas con lo que encontré en el cuarto de baño, ese cuarto angosto y tembloroso, cuyo váter aspira a succionarte el ano. Previsiblemente, no había compresas ni tampones pero sí pañales. Menos mal que no te hice caso y vestí mi falda negra volada. Si me hubiese puesto tus pantalones vaqueros, la mancha y el pañal habrían cantado a leguas.

Cuando volví al asiento, Kastor aún se quejaba por su salmón a medio descongelar.

—En el capitalismo todo está recalentado —dijo, como si en la URSS no hubiese microondas.

Al final ha tomado su tren hoy, no ayer. Ayer se quedó a dormir con nosotros. Quería conocer a Gertrude y Alex en persona. Se han caído simpático, creo. Cenamos de picoteo mientras Peggy gateaba entre nuestros pies. Es un bebé encantador, lleno de energía; ya balbucea sus primeras consonantes. Lástima que Ele no quiera mostrarte las fotos que nos enviaron al iniciar nuestra correspondencia. Así por lo menos sabrías cómo eran cuando íbamos al instituto.

¿Y cómo son ahora? Como te los he descrito un millón de veces. Alex posee unos hombros anchos, la cara tiznada, cráneo sólido y el mismo bigote desde los dieciséis; y Gertrude es más rubia y pálida y de ojos más grises y atigrados de lo que anticipábamos. Su blancura no se debe a la sobreexposición de aquellas fotos caducas que tanto hemos manoseado. Igual que aquí no tienen nuestra lluvia, tampoco nuestro sol. Si Kastor pudiese llamarte por teléfono, te los describiría clavados, tal y como yo. Quizá añadiría que ella es más simpática y habladora que él. Pero entiendes lo apurado de dinero que va tu hijo. Su beca no es tan generosa como la mía. Hacemos como acordamos: tú mándame sus cartas, que él me mandará las tuyas; yo seré vuestra cartera.

Gertrude y Alex se han quedado a cuadros con las esponjas. Estabas en lo cierto: son el mejor regalo que podíamos brindarles. Cualquier otro producto típico habría resultado predecible, rutinario. Aquí está muy extendido el uso de las artificiales, hacía años que no tocaban una natural, les ha fascinado su superficie rugosa. Gertrude bromea con que tienen el color y los agujeros de los quesos de su tierra. En cuanto las prueben me darán su impresión. Yo ya he estrenado las mías, duchándome con una y absorbiendo la sangre con la otra. Mientras te escribo, noto cómo se expande en mi interior.

No te voy a preguntar por los chicos, porque ¿qué puede haber cambiado en unos días? Yannis seguirá tan abstraído y enfurruñado como siempre, Xenos con las pruebas de acoplamiento que no caga y Yorgos solo pensando en Kálimnos. En cuanto a Xander, le he pedido a Kastor que prenda una velita por él, y otra por papá, en el Vaticano. Aunque sean católicas, de algo valdrán.

Con tantos ausentes, la casa debe sentirse muy fría. Yo ya te echo una barbaridad de menos, y eso que no han transcu-

ruido ni cuarenta y ocho horas desde que nos llevaste al aeropuerto. Es imaginarme el vestido de *tweed* que lucías, la falda recta, el cinturón ciñéndote la cintura, tu gorro de fieltro con forma de maceta invertida, y me brotan las lágrimas con violencia. Solo me da ánimos anticipar nuestra llamada del viernes. Conforme me ingresen la primera mensualidad te llamo sin falta. No podrá ser por la tarde, al terminar tu turno. Recuerda las seis horas de diferencia y que los sábados también madrugo. He tenido mucha suerte al conseguir esta oportunidad, no quiero pifiarla. Si te llamo a las 12:00, ¿te pillaré en la pausa para almorzar? Recuérdame el teléfono del club y pídele permiso al encargado. ¡Ánimo, mamá, que en unos días es marzo!

No te escribo más; mañana empiezo el trabajo y hay mil horas de sueño que recuperar.

Με αγάπη.

PS. Cuando puedas, mándame la ropa que me falta. Y no te olvides de mi maquinilla de afeitar. Dentro de poco hará bueno y habrá que mostrar las piernas, que ahora parecen dos tapices turcos enrollados a contrapelo.

Chère Ele:

Quelle folie! Sabías que aquí hay 6 —6!— estaciones de tren? Será que estamos todas desesperaditas por venirnos a París. Será eso, sí.

Kastor y yo lo aprendimos ayer a la fuerza. Estamos en la gare d'Austerlitz, esperando el tren a Praga, creyendo que todos salen de allí. Cuando nos queremos pispar de que

la de Lyon,

la de St. Lazare,

la de Montparnasse...

también existen, ya es demasiado tarde.

Kastor ha tenido que dormir con nosotras. No sabía nada de nuestro affaire. Ha prometido no decir ni mu a mi mère.

Por la cuenta que le trae! Su secreto checo está en estas manos. De todos modos, sus cartas pasarán por mí. Sí o sí.

Lo que me jode es arrancar así de mal con Gertrude y Alex. Trayendo un homme a casa, aunque sea mi frère.

Si hubieses visto la cara de Alex al abrir la puerta! Ya nos informó de lo separatista que es. 0 penes a su alrededor.

Primera vez que me alegro de que Kastor sea mi gemelo. El parecido impide pensar que sea un ligue.

Te imaginas, pasar mi primera noche chez elles con un hetero?

Tomamos una tabla fría de quesos y embutidos mientras Peggy le araña los tobillos a Kastor. Debe ser el primer hombre que ve en años.

Luego, entre maullidos agudos y apenados, como si le estuviesen pisando la cola, da lametones a la parte más oscura del parqué.

Es una gata muy rara, con su suéter rojo de punto. Al final sí que soy alérgica. Nada. Otra pastilla más al cóctel diario y listo.

Ayer volvimos a liarnos con las estaciones. Qué manía de construirlas unas à côté de las otras! La del Norte está —sorpresa!— pegada a la del Este. Prodigioso concepto de la geografía, el francés. Las dos estaciones están al noreste. Una algo más al norte y la otra más al este. Faltaría más que los nombres diesen pie a más dudas.

Mi único norte está al este, bromea Kastor antes de embarcarse.

Al volver a casa, Alex me amonesta.

Que no se repita.

Que una y no más.

Que no sé qué de Bitig o Vitigue.

Me alarmo. Solo entiendo palabras sueltas. Dónde queda aquel français lento y consonántico de la escuela?

Me calmo cuando Gertrude detiene en seco la reprimenda. La diferencia de pronunciación entre Argelia y Francia, ni te la imaginas, Ele. Si crees que los yanquis hablan raro en inglés, espérate a oír el français des algeriens.

Gertrude no va a permitir que los hommes arruinen nuestro primer día juntas. Después de tantos cursos escribiéndonos, por fin nos tenemos

cuerpo a cuerpo,
tête à tête.

Me muestran nuestras primeras lettres. Acumulan tanto peso sentimental como faltas de ortografía. Recuerdo mi larga guerra con el passé composé.

Tú las componías infinitamente mejor que yo. No me refiero solo a la letra. Cómo se nota esa raíz común latina! Cuando no sabías una palabra, te la inventabas. Y si no acertabas, te hacías entender.

Hojeando aquellos ejercicios escolares, aquellos fósiles de puerilidad, pienso que tú deberías estar aquí. No yo.

Si no te hubieses casado,
si no te hubiese preñado John,
si no le hubieses conocido...

las dos podríamos haberle sorprendido a M. Pavlatou; él, que tantas veces nos separó en clase para que no nos tocásemos por debajo del pupitre; él,

que no sospechaba que pudiésemos tocarnos a través de la tinta y el papel; él,

si supiese cómo ha fructificado su programa de correspondencias...

Anoche salimos de fiesta.

Le improvisé una carta a mi mère mientras Gertrude y Alex se vestían y maquillaban apenas. Fuimos a su cave preferida, en la Rive Gauche.

No te sabría decir el nombre, terminé muy perjudicada.

Quise salir con mi bolso de mano, pero aquí no se estila. Dónde guardaré la cartera? Al final me invitaron a todo.

Al llegar me sorprendió solo ver femmes. Por ahora es un lugar seguro, me explicaron, lo abrieron hace nada, los babosos aún no nos han descubierto.

Aún.

Junto al escenario, grupos de chicas embutidas en minivestidos como para sus sœurs pequeñas, parecen menores de edad, maquilladas, sudorosas cual grafitis con chorreras, como si las hubiesen pintado con un *spray* muy intenso, de boquilla estrecha.

A su alrededor achinan los ojos señoras de cuarenta y tantos, quién sabe si aburridas o expectantes, a la caza.

Entre medias,

como modelos en una sesión de fotos,
nosotras atraemos todas las miradas.

Me relajo al ritmo moroso de Barbara. Ay, Ele, qué bien sueña la chanson française frente a nuestro bárbaro pop inglés. Antes de que termine *Ma plus belle histoire d'amour* ya me han presentado media cave. Dos y tres besos por cabeza.

Se palpa que es un grupo muy compacto,
que todas se conocen a todas,
que reciben carne fresca a cuentagotas.

No me parece mal mientras sigan volando los martinis. Por una vez me desenvuelvo en un ambiente donde mi cuello

y mis dedos no espantan. O eso creía yo. Cuando quiero alargar la mano hacia una de las menores, se aparta horripilada.

Mon Dieu, exclama, adónde vas con esas zarpas!

Me he fijado en que todas se las redondean al ras, mordidas hasta hacerse sangre, sierras de queratina retraída, la cutícula sonrosada y palpitante. Será algún código iniciático.

Por si acaso, te envió las mías recién cortadas, aún con el esmalte, tintadas solo por el borde. Por qué se llamará manicura francesa, si aquí la detestan?

Haz lo que quieras con mis uñas, Ele. Aráñate con ellas o tíralas a la basura

o cocínaselas a tu marido.

Ça m'est egal.

Bisous: